

RECENSIONES

ROUSSEAU, SU PERRO... Y HUME.

David EDMONDS y John EIDINOW, *El perro de Rousseau*, traducción de José Luis Gil Aristu, Barcelona, Ediciones Península, 2007, 412 pp.

La tarde del 10 de enero de 1766, en medio de la tormenta, un barco cruzaba el Canal de la Mancha desde Calais a Dover. A bordo iban David Hume, que regresaba a Londres después de haber concluido su servicio diplomático en la embajada británica en París, y Jean-Jacques Rousseau, que huía de las autoridades francesas y suizas. Éste es el punto de arranque del nuevo libro de los autores de *El atizador de Wittgenstein* (Ediciones Península, 2001), en el que se cuenta, a modo de crónica periodística, la polémica relación que mantuvieron los dos filósofos, que se habían conocido tres semanas antes en París. El filósofo escéptico escocés y el autor ginebrino tenían personalidades contrapuestas. Hume era un hombre frío y racional. En los salones parisienses más destacados de la época había cosechado simpatías y entablado relación con las personalidades más relevantes de la alta sociedad. Como reconocimiento a la nobleza de su carácter recibió el apelativo de «le bon David». Rousseau, en cambio, era una persona temperamental, y poseía una imaginación que para Madame de Staël era «la primera facultad de su mente, que absorbía, incluso, a todas las demás». Durante el tiempo que los dos filósofos convivieron juntos jamás tuvieron nada interesante de qué hablar.

En París Rousseau contaba con tantos admiradores como detractores. El 9 de junio de 1762 el Parlamento de París condenó el *Emilio*

a ser roto y quemado, al mismo tiempo que dictaba una orden de captura y prisión para su autor. Diez días más tarde el Consejo de Ginebra pronunciaba la misma sentencia contra ese libro y contra el *Contrato Social*. Ante el agravamiento de la situación, Rousseau decidió refugiarse en el pueblo de Môtiers, dependiente por entonces del rey de Prusia. El 1 de septiembre de 1765 la casa de Rousseau fue apedreada. Tras una breve estancia en la isla de Saint Pierre, aceptó el ofrecimiento de Hume y embarcó junto a él rumbo a Inglaterra. El mediodía del 11 de enero, al poner pie en suelo inglés, Rousseau abrazó a Hume sin decir palabra y le cubrió el rostro de besos y lágrimas.

El lunes 13 de enero ambos filósofos llegaron a la capital en medio de una gran expectación. Esa mañana el *Public Advertiser* informó: «Todo el mundo está ansioso por ver a ese hombre arrastrado a tantos problemas por su singularidad; sólo se deja ver en público en contadas ocasiones y se viste como un armenio, debido probablemente a una dolencia que le ha afectado desde que se sometió a una operación por problemas de retención» (p. 136). En Londres, Rousseau recibió la mejor acogida que podía esperar. La prensa inglesa, que hasta ese momento había seguido con interés las noticias en torno a su periplo, publicaba recensiones favorables de sus obras, en especial del *Emilio* y *La nueva Eloísa*.

El motivo principal que enfrentó a los dos filósofos fue una sátira inventada por Horace Walpole, que circuló por París antes de la marcha de Rousseau y que había contado con la decisiva participación de Hume. La broma, en la que el rey de Prusia ridiculizaba las singularidades del carácter del ginebrino, llegó a oídos de



Rousseau a comienzos de abril. A partir de ese momento su vida se volvió insoportable. En las soledades del campo inglés, adonde Rousseau se había trasladado con la intención de llevar una vida tranquila y solitaria, las fantasías de su mente le hacían temer una traición que se extendía por Europa. El 23 de junio remitió una carta a Londres que afectó profundamente a Hume y que tuvo una enorme repercusión en la sociedad inglesa. Tres días más tarde, la réplica que Hume dirigió a Rousseau mostraba el grado de agitación en que se encontraba su cuerpo. La mesura de su carácter se vio sacudida por sentimientos insospechados. En su enfado con Rousseau, Hume obró con la misma pasión y la misma locura que había achacado a su antiguo protegido.

Hay que añadir que durante su estancia en Inglaterra Rousseau contaba con la compañía de su querido perro «Sultán». El filósofo ginebrino, que durante toda su vida no conservó ni un amigo, encontró en el pequeño animal un ser que le dedicó cariño y fidelidad. Sin embargo, a su lado resonaban también los ladridos de un segundo perro, más temible que Sultán, que le advertían de la existencia de una conspiración para deshonrarle. En el fondo, la queja de Rous-

seau tenía su origen en la necesidad que sentía de encontrar un verdadero amigo. Durante las distintas fases que tuvo la disputa, ambos filósofos se comportaron como dos seres dominados por un impulso irracional. En el verano de 1766, cuando Hume tiró por la borda toda una vida de moderación, estuvo a punto de manchar su buen nombre y la reputación que había adquirido, empeñándose en demostrar que la razón era, en realidad, «esclava» de las pasiones.

En *El perro de Rousseau* se parte de las circunstancias que propiciaron el encuentro entre los dos filósofos para, a continuación, esbozar la biografía y las líneas principales del pensamiento de cada uno de ellos. La detallada reconstrucción de la disputa que mantuvieron Hume y Rousseau constituye el tema central de este curioso libro. Hay que destacar que el lector que se asome a las páginas del mismo podrá disfrutar de una obra amena, cuyo mayor mérito consiste, quizá, en lograr trasladarnos al ambiente de los salones literarios del siglo XVIII, donde transcurre gran parte de esta historia que enfrentó a dos de los mayores filósofos de la Ilustración.

Luis Aarón GONZÁLEZ HERNÁNDEZ

